

EL HOMBRE EN LA LITERATURA PARA EL HOMBRE: DESDE UNA VISIÓN AXIOLÓGICO-LITERARIA

Bogdan Piotrowski

Summary: The thesis of this paper affirms that literature, one of the main elements of culture, must be *anthropotelic*. The author explains the bonds between culture and literature, and demonstrates the importance of axiology in their evolution. He explains the function of the being in literature and its anthropological conceptions.

Literature helps man to question the existing hierarchy of values in contemporary culture, and also contributes in man's search for the truth, for the self knowledge, and for the knowledge of the world he lives in.

Key words: literary axiology, culture, person, values, *anthropotelism*, literary functions, transcendence.

Résumé: La thèse de l'article soutient que la littérature, un des éléments constitutifs de notre culture, doit être anthropotélique. Dans son exposition, l'auteur présente les liens entre la culture et la littérature et démontre l'importance de l'axiologie dans son évolution. Il explique la fonction de l'être dans la littérature et les conceptions anthropologiques implicites de son fonctionnement. La littérature aide l'homme à remettre en cause la hiérarchie existante des valeurs dans la culture contemporaine. Elle contribue également à la recherche de la vérité et de la connaissance de soi ainsi qu'à la connaissance du monde dans lequel l'homme vit.

Mots clés: axiologie littéraire, culture, personne, valeurs, anthropotélisme, fonctions littéraires, transcendance.

NOTA ACLARATORIA

Quizás el lector se sorprenda por la redundancia aparente del título de este texto; por esta razón me siento obligado a hacer unas aclaraciones. Aspiro a presentar una concepción general de la presencia del hombre en la cultura y en la literatura dentro de un marco antropológico, apoyado éste en una visión axiológica. La cultura no existe sino gracias al hombre y, por ende, es su mundo exclusivo, en el sentido de que solamente el hombre es capaz de desarrollar la cultura. Nos parece de interés reflexionar acerca del hombre en la literatura que constituye una importante parte de la cultura cuya tradición ya lleva milenios. Se pretende demostrar que el hombre, en la interpretación axiológica, se proyecta en cada uno de sus actos¹, también en los culturales, como una persona y no, simplemente, como un ser biológico, animado y anónimo, o un miembro más de una colectividad.

Mas, en la segunda parte del título se enuncia el concepto de la literatura para el hombre. Podría darse por supuesto que todo elemento constitutivo de la cultura está creado para el hombre, pero no es así. Existe un acervo considerable de resultados de las actividades tecnológicas, intelectuales o artísticas del hombre que

1 Desde el inicio queremos señalar que adherimos a la tradicional distinción entre las *acciones hominis* (acciones del hombre) y las *acciones humane* (acciones humanas). Entre las primeras quedan incluidas las acciones involuntarias o inconscientes que lleva a cabo el hombre, por ejemplo, los procesos fisiológicos; es comprensible, pues, que nos centremos en las acciones humanas, en las que participan la voluntad y la libertad, motivos cardinales de análisis en las ciencias humanas.

no solamente no enaltecen al hombre ni a la cultura, sino que se dirigen en contra de ellos. Ante estas circunstancias, obviamente, se hace necesaria la presencia de una interpretación axiológica. La literatura no constituye ninguna excepción y un sinnúmero de obras pretende proyectar conceptos ajenos a la reflexión sobre el hombre y su existencia, o acerca del papel del hombre frente a los demás y al medio en que vive. En muchos textos literarios, el hombre parece ser sustituido por conceptos abstractos, centrados en algunas ideas alienantes, como, por ejemplo, las estetizantes, aunque, por cierto, ya de larga tradición, como “el arte por el arte”, “el juego lingüístico del azar” o “la preponderancia de la forma” en los procesos creativos.

En las páginas que siguen, queremos señalar que la presencia del hombre en la literatura no puede volverse un mero pretexto y que la verdadera misión de la literatura es antropotélica.

CULTURA Y LITERATURA

La misma definición del término “cultura” permite establecer múltiples y distintas aproximaciones en su interpretación, de corte, por ejemplo, sociológico, filosófico, psicológico, histórico, etc.; pero no vamos a detenernos en estos aspectos. El dinámico proceso de la evolución de la cultura no deja de sorprendernos tanto en sus momentos de auge, cuanto en las manifestaciones de crisis. Mas el objeto de nuestras consideraciones es la literatura. Tratemos, pues,

de comprender su funcionamiento dentro de un marco cultural "macro".

La actividad cultural básica de todo hombre es el conocimiento. El conocimiento marca huella en las experiencias, el comportamiento y el ejercicio de la voluntad de la persona. Es decisivo, igualmente, en el desarrollo de las actividades creativas. A través del acto de conocimiento aprehendemos la realidad en que vivimos, la interiorizamos. Se puede decir que la intelectualizamos. Esta asimilación de la realidad enriquece al hombre, por intermedio de los contenidos que éste capta, y le facilita, luego, el ejercicio de su voluntad y de su actividad creativa. Sin embargo, no cabe ninguna duda de que, en el comienzo, se encuentra el conocimiento, iniciado a través de la percepción.

La literatura se considera, desde Aristóteles, como el conocimiento creativo que transforma los conceptos, por medio de su creador y según los criterios seleccionados por él. En este sentido, como se reconoce en actualidad, el arte de la palabra es muy diferente de otros tipos del conocimiento, es decir del conocimiento teórico, el conocimiento práctico o el conocimiento religioso.

La forma primaria de existencia de la cultura es su presencia intencional en nosotros y a través de nosotros, durante y a partir de los actos cognoscitivos. Una situación similar ocurre durante un proceso creativo. El hombre se vuelve creador desde el primer momento de la captación de una noción y lo sigue siendo durante la formación del concepto que posteriormente se exterioriza, de acuerdo con su visión científica, artística o moral. Las ideas concebidas en la mente pueden ser, luego, materializadas de diferente forma y sobre distintas materias primas: por ejemplo, en la música, la escultura, la pintura, o como un modelo técnico, etc. A lo largo de su realización, la concepción creativa se puede ir precisando y perfeccionando. En conse-

cuencia, podemos admitir que la intencionalidad ejerce, en todo proceso cultural, un papel de primera importancia, y, naturalmente, la literatura no constituye ninguna excepción en este aspecto. Se podría hasta arriesgar la aseveración de que la escritura es una de sus actividades más manifiestas, vista la flexibilidad del lenguaje que es su substancia.

Si esto significa que la racionalización de la naturaleza constituye un proceso fundamental en el desarrollo de la cultura, naturalmente también se puede extender esta apreciación a la esfera de los resultados de las actividades humanas. El mismo procedimiento se lleva a cabo con la intelectualización de todo el ámbito en que vive el hombre. Los fenómenos culturales, desde luego, se pueden volver objeto de su atención. Los contenidos racionales que hay en los objetos creados por el hombre derivan de su mente. De cierto modo, el creador se expresa de alguna manera a través de ellos. Se revela la relación causa-efecto entre el espíritu y el objeto. Hay que subrayar que todo lo que fue formado en la materia por el hombre refleja una intencionalidad secundaria en cuanto a su contenido.

Por otra parte, si se percibe la labor de la mente en el proceso de creación, es necesario reconocer, igualmente, la participación de la labor de la mente en el proceso de la recepción de la obra creada. La razón es siempre el vehículo y el verdadero argumento en el uso de los objetos producidos por el hombre. Por ende, podemos reconocer que el conocimiento y el empleo de las cosas elaboradas por las personas se efectúan con miras a la interpretación del objetivo y la intención de su creador. En el caso de la literatura, este principio resulta ser fundamental. De esta manera se realizan los procesos de la lectura. Los productos culturales no existen en sí ni para sí. En las páginas del texto artístico se proyecta el espíritu del hombre, y solamente él puede penetrar en su contenido y su finalidad. La literatura es creada por el hombre y para el hombre.

RECURRIR A LA AXIOLOGÍA ES UNA NECESIDAD IMPERIOSA

Todo lo que se entiende por “cultura” está relacionado muy estrechamente con el concepto de “hombre” y, por ende, de actividad o de creación humana. El fenómeno del acto del hombre es comprensible únicamente merced a la perspectiva de la cultura y los hechos culturales. Podría decirse que la cultura es la búsqueda del sentido de la vida. Esta finalidad podemos extenderla, sin ningún reparo, también a la literatura. En ella también, el hombre, a través de una ardua labor del intelecto, actualiza sus potencialidades, tanto en el acto de la creación cuanto en el de su lectura. Entiende la lectura y la explica de acuerdo con la concepción de la persona. He aquí una observación que nos parece esencial en la interpretación adecuada de nuestra reflexión: hay que valorar la cultura según la apreciación axiológica.

Si admitimos que todas las manifestaciones culturales provienen de los hombres y se dirigen a otros hombres, es comprensible su historicidad material. Ellas se someten a las leyes universales de la materia como, por ejemplo, el movimiento o la transformación; pero también, por ser conocidas y transmitidas por el hombre, repercuten de una u otra manera de generación en generación. Son, a la vez, perennes y transitorias. El objeto material se rige según los criterios del espíritu. Existe una especie de atemporalidad del bien cultural, que se debe a su trascendencia. En la literatura, muchas veces se pueden evidenciar estos aspectos eternos o instantáneos, aunque a veces su filogénesis puede parecer sorprendente por proceder de otros ámbitos culturales o por visualizar notorios saltos históricos. No obstante, podemos ver, en el conjunto de las obras, cómo el hombre puede superar las limitaciones de las existencias individuales y cómo la literatura testifica

su grandeza. En este sentido, la literatura muestra una forma de ser, pero siempre le ofrece, también, a la persona un punto de partida para ejercer con más libre albedrío su propia vida. La literatura ayuda a fortalecer la autonomía de la vida interior, pero, al mismo, tiempo colabora en pro de la renovación de la distancia frente al mundo exterior.

La vida de una persona está estrechamente vinculada con la vida de la sociedad en la que se desarrolla. El hombre necesita relacionarse con los demás para lograr su desarrollo individual. Al establecer la vida comunitaria, los hombres construyen sus fundamentos sobre el bien común, que se vuelve el motivo aglutinante de su razón de ser. La literatura despliega a menudo las diferentes opciones del bien común, el cual puede variar, naturalmente, según la interpretación que se les dé a los componentes de este término. Sin embargo, es menester señalar que, subrayando la importancia de lo común, se destaca la peligrosa primacía de la colectividad, lo cual conduce inevitablemente al conflicto y las divisiones entre los miembros que la constituyen. Parece conveniente destacar, en la creación, la validez del bien que, por un lado, afirma indirectamente la dignidad de la persona, pero que, además, promueve la posibilidad de aglutinar la finalidad de los actos individuales. Esta identidad del objetivo, incluida en las páginas de un texto, fomenta la toma de la decisión a favor del otro y, por ende, de sí mismo, la realización de la actividad misma y la superación de las circunstancias antagónicas. Puesto que la literatura es una de las actividades por medio de las cuales el intelecto logra actualizarse de forma sintética (y, a la vez, artística), conservando toda la complejidad de las relaciones, su papel en la interpretación de la realidad es altamente significativo. Por su influencia mimética, ejerce dinámicamente sobre la formación de la identidad de la persona y, al mismo tiempo, potencializa las relaciones interpersonales, de carácter constitutivo para una comu-

nidad. Como sostiene uno de los filósofos contemporáneos españoles más conocidos: "Ser creativo consiste en recibir activamente *posibilidades de actuar con sentido*, es decir, con *valores*"². Sería inútil negar el rasgo persuasivo de la literatura en la conformación de las concepciones ideológicas, dentro del marco axiológico preferencial de una sociedad.

Así como, viviendo el término "cultura" en su sentido primigenio, los antiguos romanos tenían que cortar el rastrojo, abonar el suelo para sembrar las plantas deseadas y, luego, arrancar las malezas, así también, en sus actos culturales y en el afinamiento de sus facultades intelectuales, el hombre debe verse obligado a valorar y seleccionar. No todo lo que hace el hombre es cultura. La cultura debe afirmar al hombre y su vida. Los actos destructivos o negativos no pertenecen a la cultura.

No es cierto que la cultura, como lo sugieren los relativistas, sea el conjunto de todas las acciones humanas, de sus procesos y sus resultados. La cultura tiene que ser mirada con la perspectiva axiológica y –no es ninguna redundancia– antropotélica. No podemos reconocer como cultura los asesinatos, los secuestros, la mentira o los hornos crematorios en los campos de concentración. Para otorgar el epíteto de "cultural", debe haber búsqueda de la participación en la verdad y el bien (que, ciertamente, constituyen lo mismo, sino que con diferentes nombres están apreciados desde distintos ángulos).

La literatura, muchas veces, testimonia las confusiones del hombre, sus caídas y sus errores; narra sus angustias y sus tragedias y recuerda las atrocidades que pudo cometer, pero su intencionalidad no se limita a la divulgación de estos momentos. Su aspiración es mucho más profunda. Preserva la memoria para ayudar a

disipar las tinieblas que a veces cubren la tierra y enfocar la luz hacia el futuro. La literatura permite que el hombre, a través de la reflexión, pueda objetivizar los conceptos que percibe en la realidad, sistematizarlos y jerarquizarlos, para insertarlos dentro de un modelo o plano de su actividad de más adelante. La razón prima en las actividades intelectuales, pero, para realizarlas plenamente, en el sentido culturógeno, para cumplir con su misión, tiene que acudir obligatoriamente al marco axiológico, a los valores que le facilitan la comprensión de la realidad en que vive el hombre.

LA LITERATURA EN FUNCIÓN DEL SER

La literatura –se puede decir sin mayores vacilaciones– es una simulación de la realidad. Pero también puede ser concebida como su copia, su imitación, su interpretación o su recreación. Sus objetivos se basan en la necesidad del hombre de autodefinirse, de hallar su propia identidad, de diferenciarse de los demás y de lo que lo rodea. El diferenciarnos no se restringe a afirmar nuestra variedad en el seno de la misma especie, a promover la disensión u oposición, sino que tiende a confirmar dialécticamente la complementariedad. Y este postulado se les puede aplicar tanto a los lectores como a los autores. No es fácil crear distancia entre lo que se vive y lo que se sigue a través de las páginas, aunque las dos posiciones, la del escritor y la del lector, sean bien distintas. Sin embargo, la clave en ambas consiste en responder al llamado de comprender quiénes somos y adónde vamos, a pesar de que a veces encogemos de hombros en señal de inquietud o de duda. La literatura nos atrae porque parece ayudarnos a responder a nuestros cuestionamientos, lo cual es garante de su continua vitalidad, a pesar del auge de los modernos medios de comunicación que manejan la información de modo ciertamente más ágil pero, probablemente, menos profundo, menos penetrante.

2 LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso *La cultura y el sentido de la vida*, PPC, Madrid, 1993, pág. 7.

La lectura contribuye a ahondar en la reflexión sobre los temas esenciales de la existencia humana, para comprender “el ser del hombre”. Desde los inicios de la literatura se forjó el concepto de *dramatis persona*, porque nosotros, los humanos, somos efectivamente los actores que aspiran a dar luces a la trama de la vida, a entender qué es el universo en que vivimos y qué papel desempeñamos en él. Al percibir la dimensión antropológica de la literatura, reconocemos la necesidad de esclarecer algunos aspectos de las relaciones entre el hombre y la realidad. No obstante, no nos limitaremos a su realidad natural, sino que más bien nos referiremos a su contextualización cultural. Y este planteamiento lo justificamos por la excepcional posición del hombre en la naturaleza y en el afán de destacar lo humano, que permite entender en qué consiste la esencia de la humanidad de aquél. El verdadero mundo del hombre –estamos plenamente convencidos– es el mundo de la cultura³. La cultura proviene del hombre y, al mismo tiempo, se convierte en su signo. Somos personas porque no nos limitamos a satisfacer las necesidades fisiológicas, y aunque éstas son vitales, sobrepasamos nuestra condición corporal. En la cultura se realiza lo que podríamos llamar la “intelectualización de la naturaleza”⁴.

3 El famoso fenomenólogo polaco Roman Ingarden, en un ensayo pronunciado poco antes de la segunda guerra mundial, cuestionaba: “Imaginémonos, entonces, que desaparezcan de este mundo todas las obras del arte, todas las teorías científicas y filosóficas, todos los estados, las instituciones públicas y privadas, etc., y que, al mismo tiempo, no hubiéramos podido averiguar de ninguna manera lo que había en nuestra propia vida ni en la vida de las generaciones y las naciones que ya habían pasado. Lo que quedara, ¿sería efectivamente este mundo en que vivimos? ¿No sería algo muchísimo más pobre y diferente? Y nosotros mismos ¿no tendríamos que empobrecernos, hasta desnaturalizarnos en cierto grado, para poder vivir en ese mundo empobrecido y para vivir en él, no tendríamos que crear nuevas obras de arte, nuevas ciencias, nuevos estados, etc., con fin de regresar nuevamente a este mundo, que es el único en el que no nos sentimos extraños?”, en Ingarden, *Roman Szkice z filozofii* (Ensayos de filosofía), Znak, Kraków, 2000, pág.18, (trad.: B.P.).

4 KRAPIEC, MIECZYSLAW A, *Człowiek w kulturze* (El hombre en la cultura), Gutenberg-Print, Warszawa, 1996, págs. 15-47, (traducción nuestra: B.P.).

En este procedimiento de racionalización se revela el gran misterio que nos hace interpretar nuestra vida y la realidad física en que vivimos, y aplicar todo un sistema valorativo que, por lo general, tiene poco que ver con los impulsos biológicos.

La literatura, en gran medida, trata de reproducir el universo axiológico creado con tanto esfuerzo a lo largo de las generaciones, pero también aspira a contribuir a su perfeccionamiento. Un texto literario constituye parte de nuestra realidad, no por el hecho de ser materializado en unas hojas de papel o hasta de circular en forma del libro, sino porque su verdadera existencia se manifiesta a medida que va siendo expresado por su autor y aprehendido por los lectores y va repercutiendo en el comportamiento y la manera de concebir el contorno en que ambos viven. De esta manera, la ficción se convierte, de cierto modo, en un elemento integrado de la realidad. Esta última se ensancha, porque abarca no solamente la parte de la naturaleza sino también los resultados de la labor intelectual del hombre, como es la cultura y, en este caso concreto, la literatura.

¿POR QUÉ QUIÉN?

La materia prima de la literatura, de la cual está constituida toda su manifestación, es el lenguaje. El lenguaje es la verdadera fuerza motriz de la cultura y, en el caso de la literatura, un impulso sin igual de la creatividad, y siendo su substancia, se puede convertir además en un objeto o un foco de reflexión. También desde este punto de vista descuella la relación íntima entre la persona y el texto. Este hecho tiene consecuencias esenciales y evidentes. La situación privilegiada del hombre se refleja en el lenguaje mismo, que es el rasgo humano por excelencia del hombre⁵. En este sentido, no existe nin-

5 A este aspecto antropocéntrico del lenguaje hemos aludido más ampliamente en *El valor de la palabra: unas anotaciones desde la filo-*

gún reparo en afirmar que el lenguaje siempre es antropocéntrico.

El tema del antropocentrismo del lenguaje es múltiple y complejo. Limitémonos, en nuestras consideraciones sobre este aspecto, a unas reflexiones sobre los pronombres. El *yo* es esencial en el proceso de nacimiento de la conciencia humana. La consolidación de este pronombre personal como concepto fue fundamental. La mente humana, al identificarse y crear el concepto de autoconciencia, pudo empezar a diferenciar su percepción de la realidad. En consecuencia, surgió la necesidad de referirse a *tú*, a *él*, a *nosotros*, etc. (las analogías son peligrosas, pero a veces ayudan por la facilidad de visión que ofrecen).

Quizás reconociendo la literatura como una re-creación resulte comprensible porqué, en el transcurso de la elaboración de un texto literario, surge, como esencial, la necesidad de definir la figura discursiva, sea un narrador, sea un coro o personaje dramático, sea un *yo* lírico. Debe plasmarse en el texto un momento de arranque del universo creado desde el punto de vista de alguien. Según la perspectiva adoptada, es decir, según el pronombre - eje de la obra literaria, se construye el mundo literario. En permanente referencia a él actúan los demás personajes, si los hay. Esta óptica también repercute en la valoración y la jerarquía de los motivos introducidos en la trama.

Por lo general, al preguntar por el hombre, en su dimensión plena de la persona, usamos el pronombre interrogativo *quién*. Es una situación lingüística generalizada, y no ocurre solamente en el español. El *qué* se refiere a cosas o a seres animados que no alcanzan a concretar en sí to-

sofía del lenguaje en Piotrowski Bogdan (ed.) *El valor de la palabra en la expresión y la comunicación*, Universidad de La Sabana, Bogotá, 2001, refiriéndonos, entre otros, a los estudios reconocidos como clásicos de G. Mounin, W. von Wartburg, J. Katz, A. Martinet, E. Benveniste o A. Schaff.

das las dimensiones de la persona. En caso de que se le aplique a un hombre, se sobreentiende que insinúa un aspecto reduccionista. A pesar de que, en ambos casos estos pronombres inquietan por la naturaleza del objeto, existe una actitud predeterminada, fuertemente ideológica, que diferencia y destaca la identidad del hombre de los demás seres vivos. En relación con los pronombres relativos *quien* y *que* las circunstancias del uso son bastante similares. La existencia de los pronombres específicos que se aplican en cualquier referencia a la gente, tan extendida entre las lenguas de distintas familias, sugiere que estos pequeños matices lingüísticos insisten en resaltar la posición excepcional del hombre en la naturaleza y en la cultura.

Cuando preguntamos: ¿qué es el hombre?, la misma forma de la pregunta anticipa y delata nuestra indagación y, de cierto modo, nuestra intencionalidad. Se refiere a nuestra materia, a nuestro cuerpo biológico. En este sentido, el hombre, efectivamente es vertebrado o mamífero, es animal⁶. Pero las diferencias son grandes, comenzando por la forma de su cerebro o

6 Quizás, es conveniente recordar la procedencia etimológica de esta palabra. En griego clásico la palabra "animal" era: *zoion* (con acento circunflejo sobre la omega y con iota suscrita, que no se pronuncia) (Sustantivo neutro).

Según el *Greek-English Lexicon* de H.G. Liddell y R.Scott (Clarendon Press, Oxford, 1996), significa "living being, animal" y ha sido registrada por primera vez en Heródoto 5.10 referente a las abejas.

Etimología: del verbo *zo* (con acento circunflejo), con frecuencia aparece sin contracción de vocales *zoo*, que significa "vivir".

En griego medieval se perdió la iota suscrita y la letra "ni" final (al igual que en todos los nombres neutros) quedando la palabra [zoo] en griego moderno para designar al animal.

Según el *Diccionario de la Lengua Griega Moderna* de G. Babiniotis (actual Rector de la Universidad de Atenas; Kentro LexikologiatÚ, 1998), la etimología es la siguiente:

zoo [medieval] < griego antiguo *zoion* < *zo*. Como indica el autor, la palabra en un principio determinaba cada ser viviente, incluido el ser humano, pero ya desde la antigüedad se redujo al sentido de bestia. En escritores antiguos también aparece el sentido más especializado de imagen, pintura, el cual fue usado en el lenguaje del arte. También es ya antiguo y medieval el uso de la palabra para personas tontas, groseras.

la posición vertical de su organismo. El hombre no está adaptado desde su nacimiento, por la naturaleza, a las condiciones de su entorno, y mientras que los animales, por lo general, sí lo están. Por esta razón, el hombre tiene que buscar refugio, construir casas, vestirse, en otras palabras, acudir a las herramientas (*ser homo faber*) y, por ende, rodearse de la cultura material. La trascendencia de este hecho se refleja más claramente si observamos el desarrollo histórico de la cultura material a través de las diferentes épocas.

Sólo el hombre es capaz de emplear el lenguaje. Lo usa con el fin de adquirir el conocimiento, y también en su acumulación, pero en el sentido cultural, sin reducirlo a un mero código de la práctica de la comunicación. Y es también por esta razón que la literatura nos ofrece una infinita riqueza genérica de juegos entre la forma y la temática, porque el hombre dispone de la capacidad de crear y de recrear.

“QUIÉN” EN LA LITERATURA

Mas, regresando al hilo conductor, si reconocemos que el lenguaje puede ser igualmente reconocido como una herramienta, debemos decir que es, eso sí, una herramienta absolutamente excepcional, es lo que le permite al hombre trascender la naturaleza, es decir, conocer. Mas el conocimiento no se desarrolla únicamente en el sentido práctico. Es cierto que mediante la observación externa del hombre, se ve que el uso de su intelecto no se reduce a adaptarse a la naturaleza material o a aprovecharse de ella sino que, además, se centra en su dominio, en su transformación. El hombre es capaz de procesarla de manera múltiple, y los animales no. Las mismas observaciones se pueden extender al lenguaje en tanto herramienta. Su empleo tampoco se restringe exclusivamente a los fines pragmáticos. Aún más: la gran diferencia la marcan las capacidades de corte abstracto, como

son la conceptualización, la reflexión y la contemplación. La supuesta y a veces la mal llamada “inutilidad” de estos procesos del pensamiento es fundamental para el hombre.

La literatura se cimienta en los procesos del pensamiento. Gracias a ellos, la literatura puede dirigir la atención de sus lectores hacia los niveles más altos de su propia esencia, de su humanidad. Les ayuda a buscar el sentido de su existencia, que es genérica pero, simultáneamente, individual. Su influencia sobre los que la cultivan pocas veces es directa, sino que ella más bien repercute de manera latente y a diferentes plazos, lo cual no significa de ningún modo que su ejercicio sea menos contundente o menos fructífero.

No podemos olvidar que ser persona no se refiere solamente a la apreciación externa. El hombre interioriza sus vivencias y vive cognoscitivamente su propio destino. Se conoce desde su interior. Y este acercamiento a sí mismo es sumamente importante. Las experiencias de la vida interior pueden acumularse y enriquecerse, sobre todo si la persona ejerce en sus actos su voluntad y su libre albedrío. Al registrar las propias acciones, existe la posibilidad de explicar filosóficamente o artísticamente la naturaleza humana. Lo que se experimenta en el interior impacta sin intermediaciones, “en vivo”, y reafirma la conciencia del “yo”. Ese “yo” respira, siente, disfruta, piensa, ama y sueña. Ese “yo” reconoce sus actos como propios.

En el proceso de la lectura, ese “yo” sigue su desarrollo de manera individual, de acuerdo con su experiencia, su marco axiológico, su vida interior. Comparte las sucesivas ideas o las rechaza, las asimila o las quiere comprobar. La literatura le permite, por su analogía con la realidad en que vive, conocer esta última con más profundidad y de forma trascendente ante sus actos. Como sostiene el fundador de la Escuela

Filosófica de Lublin: “La experiencia de la trascendencia, dada al hombre en su “interior”, borra todas las teorías nacidas de las convicciones abstractas, materialistas, sobre que el hombre es sólo un eslabón, quizás el último, quizás el más importante, pero únicamente un eslabón en la cadena de las transformaciones de la materia”⁷. El “yo” puede analizar lo que vivió y lo que conoce, logra sacar conclusiones de su propia naturaleza. Si el “yo” puede definirse a sí mismo como un ser caracterizado por sus rasgos particulares, es capaz también definir a los demás como conjuntos compuestos por diferentes características. El gran filósofo judío contemporáneo Martín Buber advierte, con mucha razón, ante el conocimiento y el trato al otro como un simple objeto o como un algo. Al hombre no se puede reificarlo. El “tú” no es lo mismo que “eso”, sino hay que interpretarlo como el “otro yo”. No somos simplemente un conjunto de rasgos, como las cosas. Por esta razón, el adverbio interrogativo **quién** tiene tanta importancia en el lenguaje y en la literatura.

Unos planteamientos, algo cercanos a estos en su intencionalidad de resaltar la dignidad humana, su individualidad y su elemento irreplicable, los expresó el Premio Nobel de Literatura 2000, Gao Xingjian. En una entrevista, después del comentario de que los personajes de sus novelas no tienen ni nombres ni características físicas sino que son meros “yo”, “tú”, “él”, “vosotros” o “ellos”, al preguntárselo por qué esto, el escritor chino contesta: “No son personajes, son personas. Los vamos conociendo por lo que hacen o sienten, no por cómo son o cómo se llaman”⁸. De esta manera subraya que, en todo proceso de la comunicación, tiene que estar presente la necesidad de ver en el otro a una persona, que merece todo el respeto. Llámese lector, personaje o interlocutor, represen-

ta, de todas formas, a una persona que reclama la igualdad de derechos. Y aunque ellos permanezcan en el anonimato, merecen un pleno reconocimiento. Su integridad y su dignidad son similares, como lo son en las relaciones vivenciales, y no deben ser alteradas.

Ahora bien, es importante aclarar también la relación del hombre con la trascendencia y su repercusión en la literatura. La posición del hombre en la naturaleza es absolutamente excepcional. Únicamente el hombre es capaz de decir de sí mismo “yo” y experimentar que es sujeto de su conocimiento y los impulsos que percibe de su contorno. El hombre no tiene que reaccionar, como los animales, de forma determinada. La apertura a la realidad, al objeto de su conocimiento, se articula en función de su conciencia, de su voluntad. La experimentación del propio “yo” como sujeto, es decir, de la conciencia o, mejor, de la autoconciencia, es la manifestación de la trascendencia del sujeto que se proyecta en la reflexión sobre sí mismo y sus actos. De este modo, podemos hablar de la trascendencia del hombre a través del conocimiento intelectual, en cuanto acto no material. El fundador de la escuela filosófica de Lublin asevera: “El ser de la estructura material no es la causa del acto-ser en su estructura no-material”⁹. Y es cierto, porque nuestros conceptos, nuestros pensamientos y nuestros juicios no contienen elementos ni criterios de la materia; no se someten a ningunas medidas, ni de tiempo ni de espacio. ¿No es necesario, por ende, reflexionar sobre la trascendencia del hombre? ¿Acaso el hombre no trasciende su materia a través de sus actos?

Es cierto que, en consecuencia, tenemos que reconocer la necesidad de la concepción unitaria del hombre en su múltiple actividad, sea fisiológica, sea psíquica o espiritual. Sin embargo, sería falso despreciar la parte corporal del hombre, sin la cual, además, el hombre no po-

7 KRAPIEC, MIECZYSLAW A. *op.cit.*, pág. 13 (traducción nuestra: B.P.).

8 La entrevista con Gao Xingjian realizada por Octavi Martí <http://www.elpais.es/suplementos/babelia/20010324/babelis.html>

9 KRAPIEC, MIECZYSLAW A., *op. cit.*, pág. 21, (traducción nuestra: B.P.).

dría establecer el contacto con la realidad y entablar su conocimiento de ésta. El cuerpo no es casual sino que constituye un esencial elemento de la unidad de la existencia humana. El hecho de expresar lo que es “mío” comienza con el cuerpo de la persona. Este último, en cuanto “mío”, primario, es mucho más que mis actos: es su razón de ser y es imprescindible. Y, precisamente gracias al “yo” inmanente se logra la trascendencia de los actos, que cada uno puede llamar mis actos. La naturaleza del hombre está estrechamente constituida por el cuerpo y el espíritu. Y aunque en la tradición triplemente milenaria de la filosofía se reconoce al hombre como ser corporal-espiritual, la idea de este especial estatus existencial sigue despertando hasta hoy la inquietud y el asombro.

La trascendencia de la persona no se reduce al permanentemente cambiante mundo de la materia. La actividad del hombre la admiramos desde la formación de la cuna de la cultura y nos sigue causando asombro su despliegue en el desarrollo posterior. Se revela con especial importancia en los actos del amor y en los del conocimiento. También la creación artística ocupa un lugar privilegiado en esta interpretación de la trascendencia del hombre, y, naturalmente, la literatura, en este sentido, se perfila como una de las actividades humanas de mayor significado.

El hombre no es la suma de unas características espirituales o de unos rasgos materiales, corporales, sino mucho, muchísimo más. Conviene destacar la diferenciación entre las estructuras sensitivas y las intelectuales empleadas durante los procesos de conocimiento, pero, al mismo tiempo, hay que apreciar el distanciamiento frente al objeto estudiado que le permite su conciencia. Además, un papel importante ejerce su unicidad, su individualidad y su irrepitibilidad como ser. Por ende, la literatura, como proyección de las estructuras intelectuales, por lo general, no promueve la pregunta:

¿qué es el hombre?, sino que prefiere indagar: **¿quién es el hombre?**

LA LITERATURA TAMBIÉN PERMITE CONOCER, PERO...

Los conceptos y la valoración ocupan, en el conocimiento humano, un papel más que destacado. Son esenciales. Conociendo algún objeto, lo conocemos a través del concepto que creamos de él, una especie de sentido general. Y ¿qué es el conocimiento? ¿Cómo lo concebimos? Por lo general, lo hacemos por intermedio de algunos rasgos característicos, especialmente los que nos llaman más la atención, nos interesan por su particularidad o nos parecen más útiles; pero este procedimiento resulta ser incompleto. Ello se debe a que el conocimiento es selectivo. Se adquiere desde un ángulo, según algunos aspectos. De esta manera, concebidos algunos de los elementos de un objeto, construimos una imagen que lo sustituye, es decir, nuestro concepto de él.

Al crear un concepto, al mismo tiempo se está formando una imagen sustitutiva del objeto conocido. Vale la pena subrayar que es un acto-proceso no pasivo sino activo y que, además, se deja dirigir y modificar en el transcurso de su consolidación. El concepto creado no retiene simplemente la atención sino que enfoca la interpretación dentro de un abanico de posibilidades; puede contribuir a la reflexión y al registro del mismo proceso de conocimiento. Esta reflexión sobre los actos espontáneos del conocimiento, al repetirse, se intensifica y adquiere el estatus de acto de reflexión, por transformarse en el objeto del conocimiento mismo. Este despliegue reflexivo puede seguir creciendo hasta tal punto que puede frenar la actuación misma. Hay personas que no perciben la diferencia entre la reflexión acompañante y la reflexión de acto y optan por quedarse dentro

del mundo de las ideas. Se olvida que el conocimiento debe inquirir por el objeto mismo y no por su representación a través del signo formal. El peligro es notorio. El caso de Don Quijote es elocuente y universalmente conocido. Estas circunstancias repercuten de modo muy significativo en la literatura, hasta tal punto que pueden, de cierto modo, cautivar el pensamiento humano dentro del mundo de los signos.

En los textos literarios, la representación del mundo constituye un signo del objeto conocido o, por lo menos, intuido. Ésta es su naturaleza. Como signo, nos revela sus relaciones tanto con el objeto representado como con los demás signos. Además, permite establecer las relaciones con el sujeto creador que los introduce (en cuanto emisor), pero también los vínculos con el receptor, al igual que las relaciones con los sistemas de otros signos. El concepto construido por una persona como resultado del conocimiento adquirido queda transmitido a la otra (hasta si se dirige a sí misma, porque, en este caso, ella se vuelve su propio receptor). Desde luego, el concepto particular dispone de múltiples relaciones con otros conceptos-signos y con otros sistemas. Esta infinita red de interdependencias representacionistas en la literatura refleja el mundo originariamente real. También hasta en los casos en que se pretende negar la mimesis, en los textos altamente imaginarios, siguen repercutiendo los ecos de la realidad. El simulacro o la virtualidad que se reflejan en la obra tienen que partir, sin más, de la realidad conocida. Así, de todas maneras, el texto contribuye a pulir aún más el aparato cognoscitivo del hombre.

Por otra parte, la persona es capaz de reconocer la intermediación de la creación literaria y aprecia en ella la situación mimética. Su conciencia logra diferenciar y comparar su existencia propia y los objetos que percibe directamente con los contenidos de la realidad representada. En este sentido, el texto puede constituir un contacto cognitivo diferente. En algunos as-

pectos, es un contacto novedoso y más rico, si reconocemos que incluye, a más de los conceptos, otras estructuras de valoración y de nuevos juicios. La literatura permite frecuentemente percibir los mismos objetos desde otros enfoques, compuestos de otros rasgos, otros atributos, ampliando el espectro de los conceptos usualmente manejados y, de este modo, permite ver el mundo en que vivimos con más propiedad. Lo general y lo particular, lo necesario y lo fortuito, lo perenne y lo efímero, tan tangibles en la esfera material y percibidos desde la realidad vivida, se transforman, en un texto artístico, en dimensiones diferentes. Lo inmaterial de los actos intelectuales del hombre aparece como no menos importante en el conocimiento del hombre y constituye sus propias estructuras cognitivas. La imaginación, la sensibilidad, la musicalidad, el sueño, lo fantástico y lo maravilloso se revelan en la literatura, como otros procesos mentales del hombre, a través de formas diferentes, donde se entremezclan la reflexión crítica y el conocimiento espontáneo. Los conceptos y las visiones literarias quedan sometidos a múltiples procesos de elaboración e interpretación, bajo una intensa labor intelectual que aspira a actualizar el conocimiento.

La literatura es una mediación que también facilita el conocimiento y la comprensión de la realidad en que vive el hombre.

ANOTACIÓN FINAL

El hombre plasma en la literatura la realización de su vida, de sus experiencias, y de las de los demás. También traslada la realidad en que vive. Esta necesidad de autodefinirse la hallamos de forma continua desde sus comienzos, desde el primer testimonio literario conocido en la historia de la humanidad, como es la epopeya babilónica de Gilgamés. Sin embargo, a pesar de esta larga tradición, el hombre no está

conforme con el modo en que vive. Nuestra cultura no nos satisface y la literatura testimonia con insistencia, y por diferentes vías, la desazón o la decepción. El hombre busca el cambio.

El ya citado López Quintás sugiere en este sentido un interesante postulado: "Un largo estudio me llevó a la convicción de que, si queremos vivir culturalmente, debemos cambiar el ideal. En vez de orientar nuestra vida hacia el ideal del dominio, la posesión, y el disfrute, hemos de encaminarla hacia el ideal de la unidad, la solidaridad y la creatividad. Empapada la vida de este ideal, cambia nuestra existencia: nuestra opción fundamental, nuestra idea de la realidad, nuestros sentimientos... Mi interés básico no radicará en dominarte y reducirte a medio para mis fines, sino en respetarte y colaborar contigo en el logro de grandes metas. No tenderé a verte como objeto, sino como ámbito, y ya no sentiré exaltación sino exultación, no tristeza sino alegría, no desesperación sino entusiasmo, no desvalimiento sino amparo..."¹⁰

Hoy, el hombre cuestiona la jerarquía existente de los valores en nuestra cultura. Sigue respondiendo al llamado de buscar la verdad. La necesidad de centrarse más en el conocimiento de sí mismo y de su mundo se vuelve un clamor por una nueva interpretación axiológica. La literatura sigue demarcando el perfil civilizador del hombre.

BIBLIOGRAFÍA

Ingarden, Roman *Szkice z filozofii* (Ensayos de filosofía), Znak, Kraków, 2000,

Kleiman, Lowell y Stephen Lewis *Philosophy. An Introduction Through Literature*, Paragon House, New York, 1992.

Krapiec, Mieczyslaw A. *Człowiek w kulturze* (El hombre en la cultura), Gutenberg-Print, Warszawa, 1996.

López Quintás, Alfonso *Para comprender: la experiencia estética y su poder creativo*, Editorial Verbo Divino, Estella, 1991.

La cultura y el sentido de la vida, PPC, Madrid, 1993.

Piotrowski Bogdan (ed.) *El valor de la palabra en la expresión y la comunicación*, Universidad de La Sabana, Bogotá, 2001.

Polo, Leonardo *Quién es el hombre*, RIALP, Madrid, 1992.

Sawicki, Stefan y Andrzej Tyszczyk (ed.) *Problematyka aksjologiczna w nauce o literaturze* (La problemática axiológica en la ciencia de la literatura), KUL, Lublin, 1992.

Xingjian, Gao La entrevista realizada por Octavi Martí <http://www.elpais.es/suplementos/babelia/20010324/babelis.html>. ■

10 López Quintás, Alfonso *op. cit.*, pág. 30.